

SERVULO en la maraña y tras un camino

por Sebastián Salazar Bondy

22/10/61



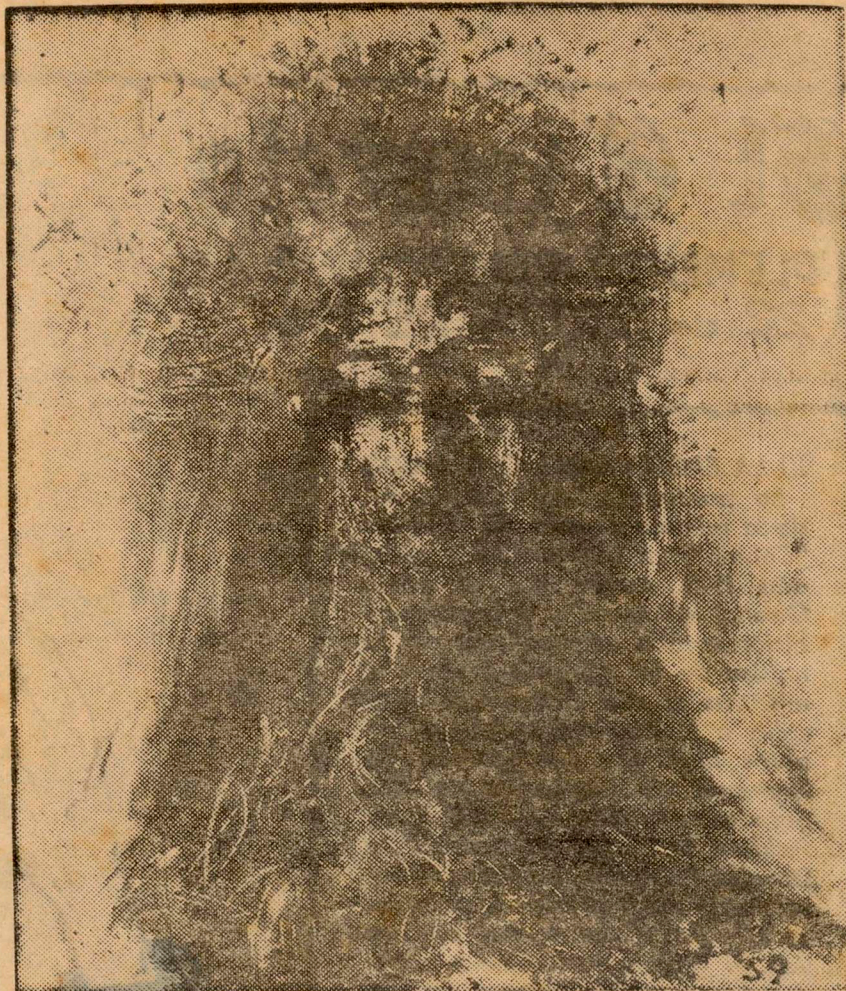
"Los Andes", óleo

Hay vidas y obras de esas vidas —obra, en suma, es vida cosificada— que promueven el debate, que parecen destinadas a ser combatidas aun después de haber cesado. Es el caso de **Sérvulo-hombre y Sérvulo-pintura**. Esta última semana se ofrecieron las paredes de la más importante —y, quizá, como tal, la única— galería de arte de Lima al diverso, contradictorio, vital y originalísimo pintor. El acto era un homenaje cuyo carácter de exposición retrospectiva le proporcionaba, de hecho, una calidad de balance para un juicio definitivo. Juan Ríos hizo bien al señalar que las palabras que en el catálogo de la muestra pusiera, a solicitud de los organizadores, el crítico Juan Acha, no cumpían con el objetivo propuesto: una actitud adversa a la pintura de Sérvulo informaba dicho artículo, y esa actitud resultaba incompatible con el espíritu que, en principio, requiere todo homenaje público. La querrela del poeta Ríos (eso está muy claro en su carta abierta publicada en "El Comercio" del domingo pasado) no se dirigió a las ideas del crítico, acertadas o no, con respecto al arte en general y al arte de Sérvulo en particular, sino a la oportunidad y el lugar de su publicación. La disputa acerca de la pintura del artista prematuramente desaparecido, debiera haberse iniciado en otro terreno.

A Sérvulo se le reprocha,

aunque menos en la tribuna pública que en el corrillo, haber sido demasiado espontáneo, intuitivo, violento e incontrolado en su quehacer creador. Aparte de que este falaz argumento desconoce, tal vez inocentemente, el sometimiento del pintor a la disciplina académica del taller Pettorutti, incurre en otra arbitrariedad, no menor, por cierto, que la anterior. Esa "ignorancia" —esto es lo que se quiere, en suma, decir— atribuida a Sérvulo no es excepcional entre los pintores, salvo muy contadas excepciones, y tiene su origen en aquel irracional impulso que conduce la mano del hombre a trazar su imagen íntima y la imagen que él íntimamente posee del mundo como consumación de un acto mágico, que no copia —es cierto—, pero que proyecta, sobre un plano y con líneas y colores, una realidad entrevista en la interioridad y que se postula como objetiva y universalmente válida. De ahí que se repunte de "literario" lo que es, auténticamente, plástico.

El pintor que razona hasta un punto científico, que apoya su creación en previas bases teóricas, sea abstracto o no, resulta, a la postre, más literario que el que obra por impulsión inmediata, inspirada, digamos, e irreductible a la preceptiva filosófica o formal. "Gris es toda teoría y verde el árbol



Cabeza de Cristo, óleo

de oro de la vida", debieran recordar los detractores de lo "literario" en el sentido de expresivo mediante objetos o símbolos de objetos. En cuanto a otro aspecto del reproche habitual (la condición literaria por intenciones de afirmación nacional), la cosa es aún menos clara y justa. Un cuadro no es más auténtico porque se llame "Los Andes" o no, y ofrezca una imagen que puede ser considerada como referida directa o alegóricamente a ese nombre —estamos de acuerdo—, pero tampoco lo es porque se denomine "Pisonay" o "Ama Kella", por ejemplo, y el cuadro sólo expone una armonía cromática semejante a ésta o aquella expresión de la cerámica o el arte textil precolombinos. La "nacionalidad" —que existe en el arte, por más que se la niegue en favor de un disimulado cosmopolitismo— resulta de otra proposición: no

atañe al lenguaje, a su caligrafía; tampoco a una voluntad de escuela, personal o de grupo; menos aún a los esfuerzos de la crítica; sino esencialmente al grado emocional que ha decidido la expresión y al grado estético en que dicha emoción se ha transfigurado en realidad visible y autónoma. Creo que en Sérvulo se cumplió este requisito y que buena parte de su obra —no toda, digo, sino buena parte— lo testimonia. De otro lado él buscó un camino que lo condujera a esta conquista, mas no con el vehículo libresco, intelectual o teórico, sino golpeándose sin piedad el corazón central. ¿Lo halló? Me gustaría contestar la pregunta en un artículo más extenso. Por ahora formulo una idea general: fue Sérvulo de los pocos, poquísimos, que atisbaron la verdad de la pintura peruana.

Me había prometido no escribir sobre pintura —a la

que tengo, obligatoriamente, como Juan Ríos y como Juan Acha, y como cualquiera, que interpretar con palabras, es decir, merced a la poesía, que es el instrumento que mejor la conoce, como lo demuestra la historia— sino en caso de que un artista, una obra, un suceso, etc. rebasaran el campo estrictamente pictórico para acceder a la discusión cultural. No incumpla dicha promesa en esta ocasión. Sérvulo es un gran hito en el desarrollo de nuestra pobre cultura, asediada por la incompreensión de la mayoría, relegada a un tercer plano por el sistema en el cual nos debatimos, recargada de consignas dogmáticas y, al fin y al cabo, agónica por razón de que hay creadores que, por encima de las marañas, miran al horizonte y advierten un rayo de luz que pertenece al amanecer del hombre y a su destino de pleno esplendor.